

02

Perspectivas

El impacto de la dictadura cívico-militar en la cultura chilena: reflexiones a 50 años del golpe

Gabriel Matthey Correa

Compositor, Ingeniero Civil y Magíster en Gestión Cultural, profesor de Cultura Chilena y coordinador del Magíster en Gestión Cultural de la U. de Chile.

En Chile poco se ha reflexionado y escrito sobre el impacto cultural que ha ejercido el golpe y dictadura cívico-militar que Augusto Pinochet Ugarte encabezó durante 16 años y medio.¹ Generalmente, sus efectos se han abordado desde un punto de vista político, económico y, por cierto, ético/judicial —la memoria, los derechos humanos y crímenes de lesa humanidad—, pero no desde un punto de vista cultural. La razón es muy simple: en Chile todavía no existe “conciencia cultural” (salvo en ciertos ámbitos académicos); no entendemos —o quizás no queremos entender— lo que significa “cultura” y, por ende, no sabemos comprender ni dimensionar cómo ella opera e influye en nuestras vidas.

Esta falta de conciencia conlleva a que usemos el concepto en forma simplista y sesgada —a veces ingenua— y, por lo tanto, reducida. Livianamente, hablamos de “consumo cultural”, del “sector cultura”, o de la “cartelera cultural y espectáculos de los fines de semana”, sin comprender que la “cultura” es una condición esencial del ser humano, que la vivimos y retroalimentamos cotidiana y colectivamente durante las 24 horas del día: es el “ecosistema” que nos define como chilenas y chilenos del territorio que habitamos. Así y todo, hacemos caso omiso de ello: la distorsión persiste. Incluso en ámbitos académicos y oficiales, se suele confundir “cultura” con “artes” —como sinónimos—, sin darnos cuenta que con tal actitud estamos ninguneando a las demás dimensiones que tiene cada “cultura”. Hoy, por ejemplo, las ciencias y la tecnología —incluida la componente digital— son decisivas en la vida cultural no solo chilena, sino planetaria. De esta manera, si se trata de “cultura” sin sesgos —de las prácticas y saberes humanos compartidos, más allá de las puras artes—, cada territorio urbano y rural tiene su propio “repertorio cultural” local/global, con códigos y dimensiones que lo caracterizan, diferencian e identifican como un “legítimo otro” ante los demás. Consecuentemente, si se pretende asumir lo que es la cultura chilena real, es necesario partir

Fotografía: Daniel Espinoza

¹ Efectivamente, entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990 hay 16.5 años (no 17 como se suele decir).

por reconocer nuestra diversidad y precisar, por ejemplo, que la “cultura huasa-criolla-campesina” existe y vale, sin duda, pero solo en el ámbito rural de la zona central del país. Asimismo, se debe reconocer que muchas de nuestras prácticas urbanas son réplicas globalizantes del hemisferio norte. No obstante, si consideramos la realidad chilena (local) más genuina, ya lo dijo Benjamín Subercaseaux en su libro *Chile o una loca geografía* (1940): nuestro país es un “mapa de mestizajes”, constituido por diferentes orígenes, mezclas y culturas.

Aclarado ello, el golpe y la dictadura cívico-militar implicaron cambios culturales profundos —estructurales— en nuestro país. Aparentemente, significó un “apagón cultural”, sin embargo, en la práctica significó el florecimiento de una “nueva cultura”, aquella que se fue imponiendo año a año a través del así llamado “modelo chileno” (implementado e instalado en plena dictadura). Por una parte, fue una suerte de (neo) nacionalismo, que resurgió desde nuestras bases republicanas —con referentes como Bernardo O’Higgins y Diego Portales, que inspiraron al propio A. Pinochet—; por otra, significó una “neocolonización”, en tanto mutamos desde el antiguo colonialismo hispano-europeo, hacia una marcada influencia estadounidense, incluido “el Sueño Americano”. La intervención de Richard Nixon y Henry Kissinger —sumada a otros intereses internacionales— fueron solo el comienzo, pues lo principal vino después, con la instalación del neoliberalismo —a través de los “Chicago Boys”—, acompañada por un claro y simbólico aumento de la presencia mormona —con la construcción de templos por doquier—, además de la importancia y proliferación de iglesias evangélicas, junto a la imposición

autoritaria de la Constitución de 1980. Fue entonces cuando el antiguo paradigma católico-romano de nuestra cultura tradicional, dio paso a una “nueva cultura”, con ciertos atisbos protestante-anglosajones, dando un nuevo sello a nuestra “modernidad” (estadounidización incluida). Así empezó a operar el “modelo chileno” en pleno, como una virtuosa combinación entre “pinochetismo + neoliberalismo + Constitución de 1980”. Esta tendencia fue tan intensa y profunda, que resultó “refundacional”, cambiando la cultura chilena —nuestra antropología social— para siempre.

De hecho, cuando Patricio Aylwin asumió como nuevo presidente de Chile (marzo de 1990), la “prometida alegría del No” nunca llegó, pues fue el “modelo chileno” —incluida

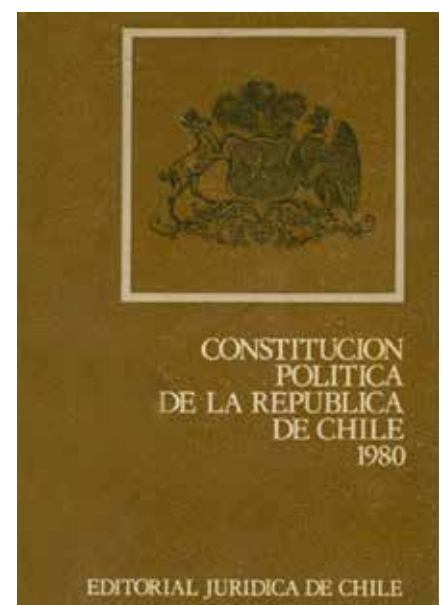
-a través de “los Chicago Boys”-, acompañada por un claro y simbólico aumento de la presencia mormona

la mano invisible de A. Pinochet (junto a Milton Friedman)— el que continuó operando hasta nuestros días, demostrado su gran poder de penetración e influencia (sin desconocer los intentos y reformas constitucionales que hizo la Concertación).

En la práctica, como consecuencia de ello, la cultura chilena de los últimos 50 años se redujo a una mera “cultura del tener”, basada en

el individualismo, el inmediatismo, el consumismo, la competencia y el exitismo. El “Sueño Americano” intentó mutar hacia el “Sueño Sudamericano”; las personas se redujeron a meras “prosumidoras” (entes productores-consumidores). Chile se privatizó, incluyendo aguas, tierras, bosques, playas y mares; nuestro territorio se transformó en algo ajeno, donde se perdió el sentido de pertenencia y se “hipotecó la patria”. Nos desarrollamos macroeconómicamente —incluidos los beneficios “por chorreo”—, pero nos subdesarrollamos humanamente. El “modelo chileno” generó un vaciamiento de valores, de contenidos, de sentidos para vivir y existir —salvo “para tener”—, forjando una sociedad fragmentada, ignorante, injusta y polarizada. Esto explica que, inevitablemente —como una verdadera olla de presión—, el “balance del modelo” terminara manifestándose a través del estallido/revuelta del 18 de octubre de 2019. No pudo ser “por la razón” —por el diálogo y la buena política—, sino “por la fuerza”, tal cual lo proclama nuestro escudo nacional.

Hoy, la cultura chilena continúa siendo cortoplacista, individualista y consumista, con la psicología propia del “nuevo rico”, ignorante







y temeroso de perder sus ganancias. No tenemos una perspectiva humana, ni histórica ni social para vivir; no tenemos una visión del pasado-presente-futuro, ni menos del país entendido como una “casa común”. Por ello nuestras conductas políticas son impredecibles y circunstanciales: a la deriva. No tenemos un “proyecto país”; todo depende de “cómo me fue a mí ayer”, de la temperatura del ambiente y de la influencia/manipulación de los medios de comunicación. Por eso en la política actual puede ocurrir cualquier cosa, incluyendo la reivindicación de los extremos; de los (neo)pinochetismos y (neo)polarizaciones. No obstante, sin educación cívica; sin una formación integral ni conciencia social e histórica, jamás podremos superar el oportunismo, el cortoplacismo y la “miopía individualista”. Sin procesar cotidianamente lo que vivimos —a través de la reflexión, la autocrítica, el diálogo y los debates—, es imposible madurar ni estar preparados como personas y sociedad, y, menos, llegada la hora de tomar decisiones trascendentes para el bien común del país (elecciones, plebiscitos, procesos constituyentes incluidos).

Ahora bien, si miramos con cierto optimismo hacia el futuro, ya no necesitamos ser ni “los ingleses de

América” ni los “los estadounidenses de Sudamérica” (aunque ahora tengamos un partido republicano y otro demócrata). Si nos atrevemos a procesar y a asumir consciente y democráticamente nuestras experiencias pasadas —de tal manera de poder madurar y proyectarnos mejor hacia adelante—, entonces estaremos preparados para iniciar nuestra era post-colonial —“post-pinochetista”, “post-patriarcal” y “post-autoritaria”—, lo cual conlleva decidirnos a ser, lisa y llanamente, “las chilenas y chilenos de América” (incluyendo las culturas originarias y nuevas migraciones). Esto implica un cambio de actitud general, partiendo por incorporar un modelo de desarrollo sostenible y saludable, junto con superar definitivamente la lógica del “copiar y pegar”, para dar paso hacia una lógica del “confiar y crear”. Necesitamos confiar y creer en nosotros mismos —en nuestro propio ethos, sin complejos—, en forma democrática e inclusiva, estableciendo relaciones de interdependencia y reciprocidad con los demás países (reconociéndolos y valorándolos como “legítimos otros”).

La “cultura” es la que define el ethos, la forma de ser y destino de cada pueblo —la matriz humana y sello identitario—; ella no se consume ni se reduce a meros espectáculos de los fines de semana. Si solo vivimos



Fotografía: Paulo Slachevsky

basados en el “puro tener” —olvidándonos “del ser”—, entonces continuaremos siendo básicos y vulnerables, sin una ruta inspiradora que le dé sentido a nuestros pasos. Actualmente (sobre)vivimos y continuamos retroalimentándonos según el susodicho “vaciamiento de valores y contenidos” —consumiéndonos a nosotros mismos—, con carencias que suplimos “teniendo y acumulando cosas”, sin fundamentos ni horizontes, víctimas del individualismo y del inmediatismo. Esta es nuestra cultura actual —nuestro “ecosistema chileno”—, como consecuencia de los 50 años post golpe cívico-militar. No tenemos consciencia ni voluntad para vivir ni orientar nuestras vidas más allá del “puro tener”. Solo manda el “país de las cosas y las apariencias”, donde nos rige el materialismo y el consumismo; el miedo y la ignorancia; la ambición, la competencia y el egoísmo.

Sin un desarrollo humano integral y equilibrado —socializado—, es muy probable que en 10 años más —cuando se conmemoren los 60 años del golpe—, el país se encuentre igual o más dividido, polarizado y tensionado. La cultura, la paz y sana convivencia, se construyen colectiva y democráticamente, procesando día a día lo que vivimos; lo que somos y lo que queremos ser; lo que reprochamos y lo que añoramos. Necesitamos conversar

y dialogar, valorando y respetando al otro/a como legítimo/a otro/a; necesitamos compartir y recuperar nuestro ethos —nuestro corpus social e histórico—: nuestra “casa común”.